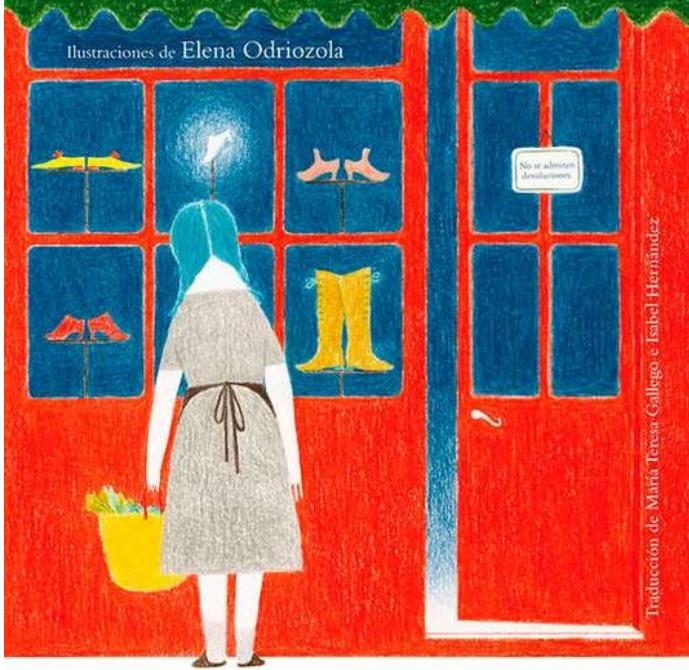


Charles Perrault
Jacob y Wilhelm Grimm
CENICIENTA

Ilustraciones de Elena Odriozola



Traducción de María Teresa Callego e Isabel Hernández



Cenicienta suele identificarse con la heroína de vida trágica que espera el amor de un príncipe y con la idea moral de que el bien siempre triunfa sobre el mal. Se trata de un personaje cuyos orígenes se remontan a la antigüedad clásica y que presenta cierta simbología que podemos encontrar en arquetipos femeninos de autores tan importantes como Novalis, Tieck o E. T. A. Hoffmann. Este volumen recoge las dos versiones más importantes de esta historia de tradición oral: la de Charles Perrault, escrita en 1697, y la de los hermanos Grimm, del año 1812. Ambos cuentos, aunque en esencia narran la misma historia, tienen detalles muy diferentes, lo que no es extraño ya que cada uno de ellos está influenciado por su contexto histórico.



Charles Perrault & Hermanos Grimm

Cenicienta (Ilustrado)

ePub r1.1

Titivillus 23.10.16

Título original: *Cendrillon ou La petite pantoufle de verre / Aschenputtel*

Charles Perrault & Hermanos Grimm, 1697

Traducción: María Teresa Gallego Urrutia & Isabel Hernández

Ilustraciones: Elena Odriozola

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Portadilla

CENICIENTA

Charles Perrault - Jacob y Wilhelm Grimm



CENICIENTA O EL ZAPATITO DE CRISTAL

Charles Perrault



rase una vez un noble caballero que casó en segundas nupcias con la mujer más altanera y orgullosa que darse pueda. Tenía dos hijas cortadas por la misma hechura y que se le parecían en todo. El marido tenía también una hija, pero de una dulzura y una bondad sin parangón; las había heredado de su madre, que era la persona mejor del mundo. No bien se hubieron

celebrado las bodas, la madrastra dio rienda suelta a su mal carácter; no pudo soportar las prendas de aquella niña que hacían parecer a sus hijas aún más aborrecibles. La cargó con el peso de las tareas más bajas de la casa: ella era quien fregaba los platos y las escaleras, quien limpiaba el dormitorio de la señora y los de las señoritas; dormía arriba del todo de la casa, en un sotabanco, en un mal jergón, mientras sus hermanas lo hacían en dormitorios con entrepaños de madera donde tenían las camas más a la moda y unos espejos donde se veían de pies a cabeza. La infeliz lo soportaba todo con paciencia y no se atrevía a quejarse a su padre, quien la habría reñido porque su mujer lo tenía dominado.

Cuando había acabado sus labores, iba a sentarse en las cenizas, pegada a la chimenea, por lo cual solían llamarla en casa Culoceniza. La hermana menor, que no era tan mala como la mayor, la llamaba Cenicienta; todo ello no impedía que Cenicienta, con sus andrajos, fuera cien veces más hermosa que sus hermanas, aunque ellas vistieran espléndidamente.



Sucedió que el hijo del rey dio un baile e invitó a todas las personas destacadas. Las dos señoritas de la casa también recibieron invitación, porque sonaban mucho en sociedad. Helas aquí en la gloria y muy entretenidas escogiendo los vestidos y los peinados que más les favorecieran. Más trabajo para Cenicienta, pues ella era quien planchaba la ropa blanca de sus hermanas y les encañonaba los vuelillos. No había más tema de conversación que la forma en que irían vestidas.

—Yo —dijo la mayor— me pondré el vestido de terciopelo rojo y la guarnición de encaje de punto de Inglaterra.



—Yo —dijo la segunda— me conformaré con la falda de diario, pero, para compensar, me pondré el manto de flores de oro y la diadema de brillantes, que no es para hacerle ascos.

Mandaron llamar a la mejor lencera para coser las tocas con doble tira de encajes y encargaron lunares postizos de la mejor factura. Llamaron a Cenicienta, porque tenía muy buen gusto. Cenicienta las aconsejó con mucho acierto y se ofreció incluso a peinarlas, cosa que ellas aceptaron.

Mientras las peinaba, le decían:

—Cenicienta, ¿verdad que te gustaría mucho ir al baile?

—Ay, señoritas, ¿están de guasa? Ésas no son cosas para mí.



—Tienes razón, lo que se reirían todos si vieran a una Culoceniza ir al baile.

Otra que no hubiera sido Cenicienta las habría peinado mal; pero, como era buena, las peinó divinamente. Estuvieron dos días sin comer de tan satisfechas como las tenía el júbilo. Rompieron más de doce cordones de corsé de tanto tirar de ellos para adelgazarse la cintura y no se apartaban ni un momento del espejo.

Por fin llegó el feliz día y Cenicienta las fue siguiendo con los ojos mientras pudo. Cuando dejó ya de verlas, rompió a llorar. Su madrina, que la vio hecha un mar de lágrimas, le preguntó qué le sucedía:

—Quisiera... quisiera...



Lloraba tanto que no pudo terminar la frase. Su madrina, que era un hada, le dijo:

—Quisieras ir al baile, ¿verdad?

—¡Ay, ya lo creo! —dijo Cenicienta.

—Muy bien, pues haz lo que te diga e irás —le dijo su madrina.

Se la llevó a su cuarto y le dijo:

—Ve al jardín y tráeme una calabaza.

Cenicienta fue en el acto a coger la más hermosa con la que pudo dar y se la llevó a su madrina, sin poder adivinar qué tenía que ver esa calabaza con ir al baile. Su madrina la vació y, cuando ya sólo quedaba la corteza, la tocó con su varita mágica y en el acto la calabaza se convirtió en una carroza hermosísima y dorada de arriba abajo.

Luego, fue a mirar a la ratonera, donde encontró seis ratones, vivitos y coleando; le mandó a Cenicienta que abriera la puerta de la ratonera y según iban saliendo los ratones los fue tocando con su varita, y cada ratón se convertía en el acto en un hermoso caballo; el resultado fue un estupendo tiro de seis caballos tordos de un bonito gris ratón.

Como no se le ocurría de dónde sacar el cochero, dijo Cenicienta:

—Voy a ver si ha caído alguna rata en la trampa y la convertimos en cochero.

—Tienes razón —dijo la madrina—. Ve a ver.

Cenicienta le llevó la trampa de las ratas, donde había tres ratas gordas. El hada escogió a una de las tres por sus barbas de buen tamaño y, tocándola con la varita, la convirtió en un cochero grueso con uno de los bigotes más hermosos que pueden verse.

Luego, le dijo:

—Ve al jardín y encontrarás seis lagartos detrás de la regadera. Tráemelos.

No bien se los hubo llevado Cenicienta, la madrina los convirtió en seis lacayos que se subieron en el acto a la parte trasera de la carroza, con sus levitas suntuosas, y allí se quedaron como si no hubieran hecho otra cosa en la vida.

El hada le dijo entonces a Cenicienta:

—Bien, pues ya tienes con qué ir al baile. ¿No te alegras?

—Sí; pero ¿voy a ir con estos harapos?



A la madrina le bastó tocarla con la varita y al instante estuvo vestida de ropas de oro y plata cuajadas de pedrerías; le dio luego un par de zapatos de cristal, los más preciosos del mundo. Tan hermosamente compuesta, Cenicienta subió a la carroza, pero su madrina le recomendó, por encima de todo, que volviera antes de la medianoche y la avisó de que, si seguía en el baile un momento más, la carroza volvería a convertirse en calabaza; los caballos, en ratones; los lacayos, en lagartos; y los harapos volverían a ser harapos. Le prometió a su madrina que se iría del baile sin falta antes de la medianoche. No cabe en sí de alegría al arrancar la carroza. El hijo del rey, a quien fueron a avisar de que acababa de llegar una importante princesa a quien nadie conocía, se apresuró a salir a recibirla. Le dio la mano para bajar de la carroza y la condujo a la sala donde estaba la asistencia. Se hizo entonces un gran silencio; se detuvo el baile y los violines dejaron de tocar, pues todos estaban pendientes de los incontables encantos de la desconocida. Sólo se oía un rumor confuso: «¡Ah, qué hermosa es!»». Incluso el rey, aunque viejo, no dejaba de mirarla y de decirle por lo bajo a la reina que hacía mucho que no veía criatura tan hermosa y gentil. Todas las damas se fijaban mucho en cómo iba peinada y vestida para tener al día siguiente, sin más demora, atuendos iguales, en el supuesto de que pudieran dar con tejidos lo suficientemente hermosos y operarios lo suficientemente hábiles.



El hijo del rey la llevó al lugar preferente y, luego, la sacó a bailar. Bailó de forma tan primorosa que se hizo acreedora de admiración aún mayor. Trajeron una succulenta colación que el príncipe no probó por estar muy ocupado mirándola. Fue ella a sentarse junto a sus hermanas y las colmó de agasajos: compartió con ellas unas naranjas y unos limones que le había dado el príncipe, lo que las dejó atónitas, pues no la conocían. Mientras estaban conversando, Cenicienta oyó que daban las doce menos cuarto: les hizo en el acto una honda reverencia a los asistentes y se marchó lo más deprisa que pudo. Nada más regresar, fue a ver a su madrina y, tras darle las gracias, le dijo que le gustaría mucho asistir al baile del día siguiente porque el hijo del rey se lo había pedido. Cuando le estaba contando a su madrina todo cuanto había ocurrido en el baile, las dos hermanas llamaron a la puerta. Cenicienta fue a abrir.



—¡Cuánto habéis tardado en volver! —les dijo bostezando, restregándose los ojos y desprecizándose, como si acabara de despertarse; no había tenido, no obstante, ganas algunas de dormir desde que se había separado de ellas.

—Si hubieras ido al baile —le dijo una de sus hermanas—, lo habrías pasado muy bien: ha estado en él la princesa más hermosa, la más hermosa que darse pueda; ha sido atentísima con nosotras y nos ha regalado naranjas y limones.



Cenicienta no cabía en sí de júbilo: les preguntó por el nombre de aquella princesa; pero ellas le respondieron que nadie la conocía y que eso era algo que contrariaba mucho al hijo del rey, que daría cuanto hubiera en el mundo con tal de saber quién era. Cenicienta sonrió y dijo:

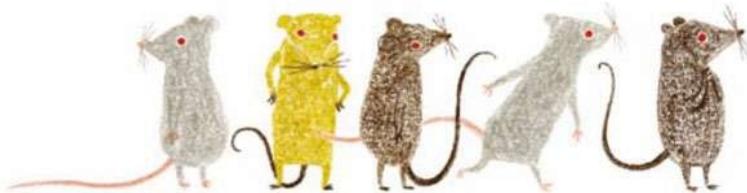
—¿Así de hermosa era? ¡Dios mío, qué suerte tenéis! ¿Y no podría verla yo? ¡Ay, señorita Javotte, présteme ese vestido amarillo que se pone a diario!

—¡Hasta ahí podríamos llegar! —dijo la señorita Javotte—. ¡En eso mismo estaba pensando! Bien loca estaría si le prestase un vestido mío a una Cenicienta tan fea como tú.

Cenicienta contaba con esa negativa, que le resultó muy grata, pues se habría visto en un gran apuro si su hermana hubiese estado dispuesta a prestarle el vestido.

Al día siguiente, las dos hermanas fueron al baile, y Cenicienta también, pero aún más elegante que la primera vez. El hijo del rey no se separó de ella y no dejó de decirle ternezas. La joven estaba muy entretenida y olvidó lo que le había recomendado su madrina; con lo cual oyó dar la primera campanada de las doce cuando no pensaba que fueran ni las once: se levantó y salió corriendo tan veloz como una corza. El príncipe fue tras ella, pero no pudo alcanzarla. Se le cayó uno de los zapatos de cristal, que el príncipe recogió con mil cuidados. Cenicienta llegó a su casa sin aliento, sin carroza, sin lacayos y con sus harapos; nada le quedaba de todo su esplendor sino uno de los zapatos, la pareja del que se le había caído. Preguntaron a los guardias de la puerta del palacio si no habían visto salir a una princesa; dijeron que no habían visto salir a nadie, a no ser una joven muy mal vestida y que más parecía una labriega que una señorita.

Cuando sus dos hermanas volvieron del baile, Cenicienta les preguntó si se habían divertido y si había asistido la hermosa dama. Le dijeron que sí, pero que había salido huyendo al dar la medianoche, y con tantas prisas que se le había caído uno de los zapatos de cristal, que era de lo más primoroso; que el hijo del rey lo había recogido y que se había pasado el resto del baile mirándolo, y que seguramente estaba enamorado de la hermosa joven dueña del zapato.



Era cierto lo que decían, porque pocos días después el hijo del rey mandó pregonar a toque de trompa que se casaría con aquella a cuyo pie sentase bien el zapato. Empezaron por probárselo a las princesas; luego, a las duquesas; y a toda la corte, pero en vano. Lo llevaron a casa de las dos hermanas, que hicieron cuanto pudieron para meter el pie en el zapato, pero no lo consiguieron. Cenicienta, que las estaba mirando y reconoció su zapato, dijo riéndose:

—¡Voy a ver si me sienta bien a mí!



Sus hermanas se echaron a reír y empezaron a burlarse de ella. El gentilhomme de palacio que probaba el zapato, tras mirar atentamente a Cenicienta y parecerle muy hermosa, dijo que era una petición justa y que tenía orden de probárselo a todas las muchachas. Hizo sentar a Cenicienta y, acercándole el zapato al piecico, vio que se lo calzaba fácilmente y que se le ajustaba como si fuese de cera. Grande fue el asombro de las hermanas, pero se volvió mayor aún cuando Cenicienta se sacó del bolsillo el otro zapato y se lo puso. Llegó en ese momento la madrina que, tras tocar con la varita la ropa de Cenicienta, la convirtió en un atuendo aún más suntuoso que los anteriores.

Entonces sus hermanas reconocieron en ella a la hermosa dama a quien habían visto en el baile. Se arrojaron a sus pies para pedirle perdón por todos los malos tratos que le habían hecho padecer. Cenicienta las ayudó a incorporarse y les dijo, mientras las abrazaba, que las perdonaba de buen grado y que les rogaba que la quisieran mucho siempre. La llevaron ante el joven príncipe tal y como estaba vestida: le pareció más hermosa que nunca y, pocos días después, se casó con ella. Cenicienta, que era tan buena como hermosa, se llevó a vivir a sus hermanas a palacio y las casó, ese mismo día, con dos señores muy principales de la corte.



MORALEJA

Belleza en la mujer es tesoro inefable,
y cuando la admiramos nunca causa cansancio.
Mas es prenda sin precio y aun mejor si cabe
esa forma de ser que llamamos agrado.
Fue lo que su madrina le enseñó a Cenicienta.
En ello la educó e instruyó con empeño
y con tan buen acierto que hizo de ella una reina.
(Tal es la moraleja que sacamos del cuento).
Hermosas, vale más que un peinado airoso
ese don para hacerse de un corazón las amas.
El agrado es el don más cierto de las hadas.
Sin él, nada se puede, con él se puede todo.

OTRA MORALEJA

Es sin duda una gran ventaja
gozar de ingenio y de coraje,
de sentido común, prosapia
y otros talentos semejantes
que concede el Cielo y reparte.

Pero tenerlos nada vale,
para ningún progreso son cosas efectivas
si no tenemos el realce
de padrinos o de madrinas.

Cenicienta

Jacob y Wilhelm Grimm



a mujer de un hombre rico enfermó y, como sentía que se acercaba su fin, pidió a su única hijita que se acercara a su cama y dijo:

—Mi querida hijita, sé siempre buena y piadosa, así Dios siempre te ayudará y yo te veré desde el cielo y estaré siempre contigo.

Después de decir esto, cerró los ojos y se murió. La niña iba todos los días a la tumba de su madre y lloraba, y siguió siendo buena y piadosa. Cuando llegó el invierno, la nieve cubrió la tumba con un velito blanco y cuando en primavera el sol volvió a retirarlo, el hombre tomó otra esposa.

La mujer había llevado a la casa dos hijas, que eran hermosas y blancas de cutis, pero feas y negras de corazón. Y entonces empezaron malos tiempos para la pobre niña.

—¿Es que esta boba tiene que estar en la misma habitación que nosotras? —decían—. Quien quiera comer pan, ha de ganárselo: ¡Fuera de aquí esa moza de cocina!

Le quitaron sus lindas ropas, le pusieron un delantal viejo y gris y le dieron unos zuecos de madera.

—¡Mirad a esta orgullosa princesa, qué arregladita está! —dijeron entre risas, y la llevaron a la cocina.



Allí tuvo que trabajar bien duro de la mañana a la noche, levantarse temprano antes del amanecer, acarrear agua, encender el fuego, guisar y lavar. Además de esto, las hermanas le hacían sufrir todo lo imaginable, se burlaban de ella y le tiraban los guisantes y las lentejas a la ceniza, de manera que tenía que sentarse y volver a escogerlas. Por la noche, cuando ya estaba cansada de tanto trabajar, no se acostaba en una cama, sino que tenía que tumbarse sobre las cenizas, al lado del fogón. Y como por eso estaba siempre sucia y llena de polvo, la llamaban Cenicienta.

Sucedió entonces que un día el padre se disponía a ir a la feria y preguntó a las dos hijastras qué era lo que querían que les trajera.

—Lindas ropas —dijo una.

—Perlas y piedras preciosas —la otra.

—¿Y tú, Cenicienta? —dijo él—. ¿Qué quieres tú?



—Padre, cortad para mí la primera ramita que os dé en el sombrero en el camino de vuelta.

Así que compró lindas ropas, perlas y piedras preciosas para las dos hermanastras y, en el camino de vuelta, cuando cabalgaba por un matorral verde, una rama de avellano le rozó y le tiró el sombrero. Entonces cortó la rama y se la llevó. Cuando llegó a casa les dio a las hermanastras lo que le habían pedido, y a Cenicienta le dio la ramita de avellano. Cenicienta le dio las gracias, se fue a la tumba de su madre y plantó la ramita en ella, y lloró tanto que las lágrimas cayeron encima y la regaron. Y creció y se convirtió en un hermoso árbol. Cenicienta iba allí tres veces al día, lloraba y rezaba, y cada vez se posaba sobre el árbol un pajarito blanco, y si ella formulaba un deseo, el pajarito le daba lo que había deseado.



Pero aconteció que el rey organizó una fiesta que debía durar tres días y a la que estaban invitadas todas las doncellas más lindas del país para que su hijo pudiera escoger una novia entre ellas. Cuando las dos hermanastras oyeron que ellas también debían ir, se pusieron muy contentas, llamaron a Cenicienta y dijeron:

—Péñanos el cabello, cepíllanos los zapatos y abróchanos las hebillas; vamos a ir a la fiesta al palacio del rey.

Cenicienta obedeció, pero lloraba porque también le habría gustado ir con ellas al baile, y le pidió a la madrastra que se lo permitiera.

—¿Tú, Cenicienta? —dijo—. ¿Estás llena de polvo y de porquería y quieres ir a la fiesta? ¡No tienes ropa ni zapatos y quieres bailar!

Pero como no dejaba de pedírselo, al final le dijo:

—Te he echado una fuente de lentejas en las cenizas; si las has escogido todas al cabo de dos horas, podrás venir.

La muchacha salió al jardín por la puerta de atrás y exclamó:

—Vosotras, buenas palomitas, vosotras, las tortolitas, del cielo todas las avecitas, venid y a escoger ayudadme,

las buenas al pucherito

y las malas al buchito.

Entonces entraron por la ventana de la cocina dos palomitas blancas, y luego las tortolitas, y al final todas las avecitas del cielo entraron volando y revoloteando y se posaron sobre las cenizas. Y las palomitas bajaron la cabecita y empezaron a hacer pic, pic, pic, pic, y entonces las demás empezaron también a hacer pic, pic, pic, y metieron todos los granitos buenos en la fuente. No había pasado apenas una hora y ya habían terminado, así que volvieron a marcharse todas volando. Entonces la muchacha llevó la fuente a la madrastra, y se alegró pensando que ahora también podría ir a la fiesta. Pero ella le dijo:

—No, Cenicienta, no tienes ropas y no sabes bailar; sólo se reirán de ti.

Como ella empezara a llorar, dijo:

—Si eres capaz de escoger de entre la ceniza dos fuentes de lentejas en una hora, entonces podrás venir —y pensaba mientras lo decía: «Eso no podrá hacerlo nunca».

Una vez hubo echado las dos fuentes de lentejas en las cenizas, la muchacha salió al jardín por la puerta de atrás y exclamó:

—Vosotras, buenas palomitas, vosotras, las tortolitas, del cielo todas las avecitas, venid y a escoger ayudadme,

las buenas al pucherito

y las malas al buchito.

Entonces entraron por la ventana de la cocina dos palomitas blancas, y luego las tortolitas, y al final todas las avecitas del cielo entraron volando y revoloteando y se posaron sobre las cenizas. Y las palomitas bajaron la cabecita y empezaron a hacer pic, pic, pic, pic, y entonces las demás empezaron también a hacer pic, pic, pic, y metieron todos los granitos buenos en las fuentes. Y antes de que hubiera pasado una hora ya habían terminado, así que volvieron a marcharse todas volando. Entonces la muchacha llevó las fuentes a la madrastra, y se alegró pensando que ahora también podría ir a la fiesta. Pero ella le dijo:



—Todo esto no servirá de nada; no vas a venir, porque ni tienes ropas ni sabes bailar, y nos avergonzaríamos de ti.

Tras esto le dio la espalda y se marchó presurosa con sus dos orgullosas hijas.

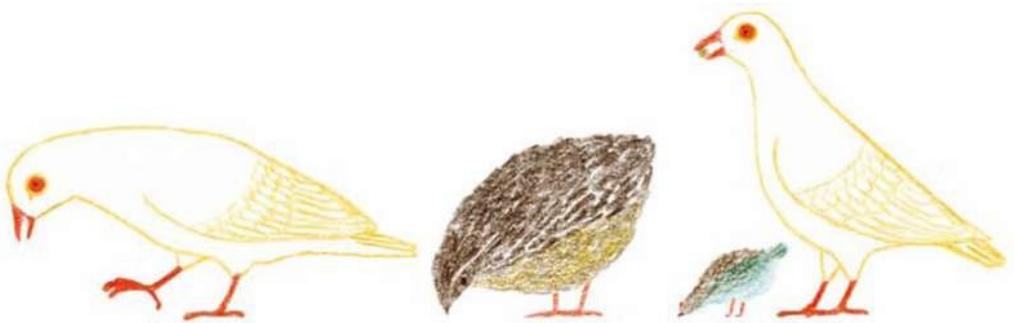
Cuando ya no había nadie en casa, Cenicienta fue a la tumba de su madre, bajo el avellano, y exclamó:

¡Muévete y sacúdete, arbolito,

de plata y de oro échame un poquito!

Entonces el pájaro le echó un vestido de oro y plata y unas chinelas bordadas en seda y plata. Se puso el vestido a toda prisa y se fue a la fiesta. Pero sus hermanas y su madrastra no la conocieron y pensaron que debía de ser la hija de un rey extranjero, tan hermosa estaba con el vestido de oro. En Cenicienta ni siquiera pensaban y creían que estaría en casa, en medio de la porquería, buscando las lentejas en la ceniza. El hijo del rey se acercó a ella, la cogió de la mano y la sacó a bailar. No quiso bailar con nadie más, así que no la soltó de la mano, y si algún otro venía a pedírsela, él decía:

—Esta es mi pareja.



Bailó hasta que se hizo de noche; entonces quiso irse a casa. Pero el hijo del rey dijo:



—Yo voy también y te acompaño —pues quería ver de quién era hija la hermosa muchacha.

Pero ella se le escapó y de un brinco se metió en el palomar. Entonces el hijo del rey esperó hasta que llegó el padre y le dijo que la muchacha forastera se había metido de un brinco en el palomar. El anciano pensó: «¿Acaso será Cenicienta?», y tuvieron que traerle un hacha y un pico para partir en dos el palomar, pero allí no había nadie. Y cuando entraron en la casa, Cenicienta estaba tumbada sobre las cenizas con sus ropas sucias, y una lamparilla de aceite turbio ardía en la chimenea, porque Cenicienta había salido a toda prisa por la parte de atrás del palomar y corrido hasta el avellano; allí se había quitado las lindas ropas y las había colocado sobre la tumba, y el pájaro se las había vuelto a llevar, y luego ella se había sentado en la cocina, junto a las cenizas, con su delantalito gris.



Al día siguiente, cuando la fiesta volvió a empezar y los padres y las hermanastras habían vuelto a marcharse, Cenicienta fue al avellano y dijo:

¡Muévete y sacúdete, arbolito,

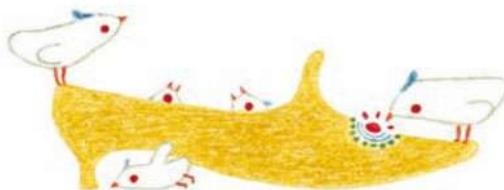
de plata y de oro échame un poquito!

Entonces el pájaro le echó un vestido aún más precioso que el del día anterior. Y cuando apareció en la fiesta con aquel vestido, todos se asombraron de su belleza. Pero el hijo del rey había estado esperando hasta que llegó, la cogió al instante de la mano y no bailó más que con ella. Cuando venían otros a pedírsela, decía:

—Esta es mi pareja.

Al llegar la noche se dispuso a marcharse, y el hijo del rey la siguió para ver a qué casa iba, pero ella se le escapó de un salto por el jardín de detrás de la casa. Había allí un árbol grande y hermoso, del que colgaban unas espléndidas peras; trepó por él con la misma agilidad de una ardillita y el hijo del rey no fue capaz de averiguar dónde se había metido. Pero esperó hasta que llegó el padre y le dijo:

—La muchacha forastera se me ha escapado, y yo creo que se ha subido al peral.



El padre pensó: «¿Acaso será Cenicienta?», mandó que le llevaran el hacha y taló el árbol, pero no había nadie en él. Y cuando entraron en la cocina, Cenicienta yacía sobre las cenizas, igual que siempre, porque había saltado por el otro lado del árbol, había vuelto a llevar las lindas ropas al pájaro del avellano y se había puesto su delantalito gris.

Al tercer día, cuando los padres y las hermanas se hubieron marchado, Cenicienta volvió a ir a la tumba de su madre y le dijo al arbolito:

¡Muévete y sacúdete, arbolito,

de plata y de oro échame un poquito!

Entonces el pájaro le echó un vestido tan magnífico y resplandeciente como no lo había tenido jamás, y las chinelas eran todas de oro. Cuando llegó a la fiesta con aquel vestido nadie supo qué decir de puro asombro. El hijo del rey sólo bailó con ella, y cuando alguno iba a pedírsela, él decía:



—Esta es mi pareja.

Cuando se hizo de noche, Cenicienta se dispuso a marcharse, y el hijo del rey iba a acompañarla, pero ella se le escapó tan rápido que no fue capaz de seguirla. Pero el príncipe había urdido una treta y mandado untar toda la escalinata con pez, así que, al bajar corriendo, la chinela izquierda de la joven se había quedado pegada. El hijo del rey la cogió, y era pequeña y delicada, y toda de oro. A la mañana siguiente fue a ver al hombre y le dijo:



—Ninguna otra será mi mujer más que aquella cuyo pie encaje en este zapato de oro.

Entonces las dos hermanas se pusieron muy contentas, porque tenían unos pies muy bonitos.

La mayor se llevó el zapato a la habitación y se dispuso a probárselo, y la madre estaba delante. Pero no lograba meter el dedo gordo, y el zapato le estaba muy pequeño; entonces la madre le dio un cuchillo y le dijo:

—Córtate el dedo; cuando seas reina, no tendrás que ir más a pie.

La muchacha se cortó el dedo, consiguió meter el pie en el zapato a la fuerza y, dominando su dolor, salió a ver al hijo del rey. Entonces él la subió al caballo como si fuera su prometida y se marchó de allí con ella. Pero tuvieron que pasar por delante de la tumba; allí estaban las dos palomitas en el avellano, que exclamaron:



Vuélvete y mira, vuélvete y mira,

sangre hay en la zapatilla:

la zapatilla bien no le encaja,

la novia de verdad aún sigue en casa.

Entonces le miró el pie y vio que le salía sangre. Dio la vuelta al caballo, volvió a llevar a casa a la novia falsa y dijo que no era la verdadera, que la otra hermana tenía que probarse el zapato. Así que ésta se fue con el zapato a la habitación, y afortunadamente los dedos le entraron en el zapato, pero el talón era demasiado grande. Entonces la madre le dio un cuchillo y le dijo:

—Córtate un trozo del talón; cuando seas reina, no tendrás que ir más a pie.



La muchacha se cortó un trozo del talón, consiguió meter el pie en el zapato a la fuerza y,

dominando su dolor, salió a ver al hijo del rey. Entonces la subió al caballo como si fuera su prometida y se marchó de allí con ella. Pero al pasar por el avellano, las dos palomitas estaban allí y exclamaron:

Vuélvete y mira, vuélvete y mira,

sangre hay en la zapatilla:

la zapatilla bien no le encaja,

la novia de verdad aún sigue en casa.

Le miró el pie y vio cómo le salía sangre del zapato y le subía toda roja por las medias blancas. Entonces dio la vuelta al caballo y volvió a llevar a casa a la falsa novia.

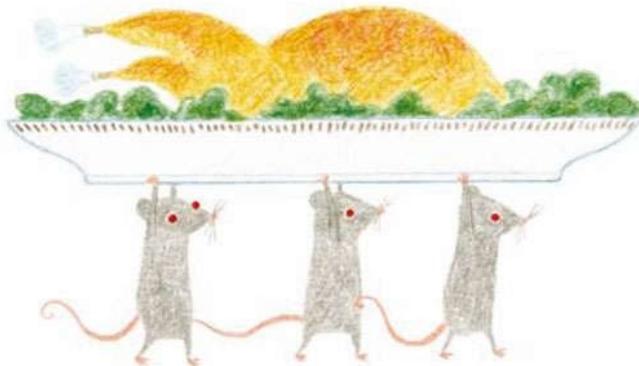


—Esta tampoco es la verdadera —dijo—. ¿No tenéis acaso otra hija?

—No —dijo el hombre—, sólo tenemos una Cenicienta, pequeña y boba, de mi difunta esposa, pero es imposible que ésa sea la novia.

El hijo del rey dijo que fueran a buscarla, pero la madre respondió:

—Ay, no, está demasiado sucia, no puede dejarse ver.



Pero él insistió en verla a toda costa y tuvieron que llamar a Cenicienta. Ella se lavó primero las manos y la cara y fue luego hasta allí y se inclinó ante el hijo del rey que le tendió el zapato de oro. Después se sentó en un escabel, sacó el pie del pesado zueco de madera y lo metió en la chinela: le quedaba como hecha a la medida. Y cuando se enderezó y el hijo del rey la miró a la cara, reconoció a la hermosa joven que había bailado con él y dijo:

—¡Esta es la novia verdadera!

La madrastra y las dos hermanas se asustaron y empalidecieron de rabia, pero él subió a Cenicienta al caballo y se marchó de allí. Al pasar por el pequeño avellano, las dos palomitas blancas exclamaron:

Vuélvete y mira, vuélvete y mira,

ya no hay sangre en la zapatilla:

la zapatilla bien ya le encaja,

a la novia de verdad se lleva a casa.

Y una vez dicho esto, las dos echaron a volar y se posaron sobre los hombros de Cenicienta, una a la derecha y otra a la izquierda, y allí se quedaron.



Cuando iba a celebrarse la boda con el hijo del rey, llegaron las falsas hermanas, y trataron de congraciarse con ella y compartir su felicidad. Cuando los novios se dirigían ya a la iglesia, la mayor iba a la derecha y la menor a la izquierda; entonces las palomas le sacaron un ojo a cada una a picotazos. Luego, al salir, la mayor iba a la izquierda y la menor a la derecha; entonces las palomas le sacaron a cada una el otro ojo a picotazos. Y así fueron castigadas a estar ciegas el resto de su vida por su maldad y su falsedad.



Contraportada

CENICIENTA suele identificarse con la heroína de vida trágica que espera el amor de un príncipe y con la idea moral de que el bien siempre triunfa sobre el mal. Se trata de un personaje cuyos orígenes se remontan a la antigüedad clásica y que presenta cierta simbología que podemos encontrar en arquetipos femeninos de autores tan importantes como Novalis, Tieck o E. T. A. Hoffmann.

Este volumen recoge las dos versiones más importantes de esta historia de tradición oral: la de Charles Perrault, escrita en 1697, y la de los hermanos Grimm, del año 1812. Ambos cuentos, aunque en esencia narran la misma historia, tienen detalles muy diferentes, lo que no es extraño ya que cada uno de ellos está influenciado por su contexto histórico.





Charles Perrault



Hermanos Grimm

CHARLES PERRAULT (París, 1628-1703). Es conocido ante todo por sus cuentos, que recuperó de la tradición oral, entre los que figuran: *Cenicienta*, *La bella durmiente*, *Caperucita Roja*, *Riquete el del copete*, *El gato con botas* o *Pulgarcito*, que fueron recopilados en *Cuentos de mamá Oca*. Sus historias infantiles perduran a través de los siglos. Llegó a ser miembro de la Academia Francesa.

JACOB y WILHELM GRIMM (Hanau, Alemania, 1785-1863 / 1786-1859). Filólogos de formación y estudiosos del folclore. Fueron profesores universitarios en Kassel, en Gotinga y en la Universidad Humboldt de Berlín. Recorrieron su país hablando con los campesinos, con las vendedoras de los mercados, con los leñadores y recogiendo historias de los lugareños, además de estudiar la lengua y el antiguo folclore de la región. Fruto de este trabajo son sus cuentos, entre los que destacan *Hansel y Gretel*, *Blancanieves*, etc., que recopilaron con el título de *Cuentos de hadas de los hermanos Grimm*.

